
LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

El despertar de una madre

Eran las diez de la mañana cuando despertándose la señora de Armaillac llamó á su doncella.

Esta, según costumbre, entró en la alcoba llevando sobre una bandeja los diarios de la mañana y una taza de chocolate.

—Díme, María, ¿has visto á Juana esta mañana?

—No, señora.

—Ve á decirle que saldremos antes de almorzar.

—Ignoro con certeza si la señorita ha salido, pero creo que ha ido á misa de ocho.

—Pues anda, y enterarte de si mi hija está en su cuarto.

Hay personas que tienen el presentimiento de las catástrofes. La señora Armaillac no era de esas; vivía al día con la incons-

ciencia del mañana. Llamaba la condesa á su hija para hablarla de su canastillo de boda.

María regresó manifestando que la señorita Armaillac no estaba en su cuarto. Por lo demás, no se había tomado el trabajo de ir á buscarla, pues harto sabía que Juana no había llegado aún.

La señora Armaillac, hablando para sí, se dijo que, reflexionándolo bien, era ya tiempo de casar á la linda madrugadora.

Oyóse el timbre de la puerta.

—Es ella, dijo precipitadamente y en alta voz la señora de Armaillac; anda, corre y tráemela aquí.

Pero no fué Juana la que entró después, sino le misma camarera.

—Señora, es un caballero que me ha dado su tarjeta.

La señora Armaillac tomó la cartulina y leyó: *El Conde de Briançon*.

—¿Qué tendrá que decirme á estas horas?

La condesa conocía superficialmente á Marcial por haberle encontrado en los salones de la duquesa y en los de la señora de Gramont; no ignoraba tampoco que á su hija le gustaba mucho, pero á la verdad, en aquel instante, no acertaba á comprender el por qué de aquella visita matinal.

Era muy curiosa, sin embargo, y se dispuso á vestirse apresuradamente mientras ordenaba á su camarera que hiciese entrar al señor de Briançon en el salón.

La condesa y éste entraron en la sala casi al mismo tiempo.

—¿Cómo tan madrugador esta mañana? díjole con agradable rostro la condesa, como si esperase una buena noticia. Empero reprimió su sonrisa observando la palidez y tristeza del conde.

Hacía una hora que el señor de Briançon, revistiéndose de todo su valor, se preguntaba cómo podría decir á la señora Armaillac lo que había ocurrido á su hija. Preciso era decirle, si no la verdad, parte de ella al menos.

—Señora, exclamó tendiéndola su mano, tengo una desagradable noticia que dar á usted.

Esta vez comprendió la condesa que se trataba de su hija.

—¡Juana! gritó conmovida.

Palideció intensamente y parecía próxima á desvanecerse en los brazos del señor de Briançon, que la hizo sentar en una butaca.

—Señora, dijo el conde, he aquí lo que ha pasado; usted quiere casar á la señorita Juana de Armaillac con el señor Delamare. Ella no le ama y cree, al contrario, amarme; sin que yo haya hecho nada, en absoluto, para alimentar ni alentar sus ilusiones, me ha confiado sus penas, y ahora somos verdaderos amigos.

—Pero, caballero ¿dónde está mi hija?

—Voy á decírselo á usted, señora.

—¿La ha visto usted esta mañana?

—Sí, señora.

—Entonces ¿cómo viene usted á hablarme de mi hija cuando ella no está aquí?

—Es que quería suplicar á V. viniese conmigo.

—Pero, caballero, una vez más repito ¿dónde está Juana?

—Juana está en mi casa, señora.

—¡En casa de usted!

La señora de Armaillac irguióse de repente. Hubiérasela podido tomar, con su palidez extrema, sus cabellos esparcidos, y sus ojos dilatados, por la estatua del dolor.

—Mi hija se ha vuelto local ¿En su casa? ¡Es increíble!

—Señora, por Dios, hágame usted la gracia de escucharme... voy á decirla...

—No, caballero, no, no quiero oírle.

La señora Armaillac tocó el timbre.

—María, vísteme en seguida, dijo, regresando rápida como una sombra á su cuarto.

—Señora, la espero á usted, exclamó el conde de Briançon.

La condesa no respondió.

Aunque la sala era pequeña, midióla el señor de Briançon á grandes pasos con peligro de volcar una mesa de Boule, sobre la cual veíanse tarjetas de visita.

—Después de todo, murmuraba agitado, cuando ella vea á su hija adivinará lo ocurrido.

Entróse el conde dentro de las habitaciones particulares y llegó hasta la puerta del cuarto de la señora de Armaillac, diciéndola que regresaba á su casa, donde la esperaba y añadió: Calle del Circo, número 10.

En cuanto bajó el conde la escalera tuvo que confesar que la señora de Armaillac había pensado perfectamente no saliendo á la calle con él para ir en su carruaje, pues su sitio estaba ocupado.

La señorita Carolina Aumont le esperaba. Había seguido en un coche de plaza al carruaje del conde desde la calle del Circo, donde se aventuró á ir, al despertarse y hallarse sola, á la vez curiosa y desconsolada. Adoraba locamente á Marcial y tenía miedo que la señorita de Armaillac les separase. Al observar que Briançon bajó de su carruaje enfrente de la casa de la condesa, Carolina despidió su alquilón pagando la carrera y se introdujo apresuradamente en el cupé, creyendo, después de todo, que le pertenecía más á ella que á su amante.

—¡Al fin! héte aquí, dijo Carolina al ver aproximarse á Marcial.

—Sí, héme aquí, pero francamente, ignoro qué vienes á buscar tú.

—Yo estoy en mi casa.

—Y bien, si estás en tu casa, quédate... Carolina sacó la mano por la portezuela y cogió la de Marcial.

—No, no es esto lo que yo quiero, no es el carruaje, eres tú.

Y al decir esto retenía violentamente al conde.

—Calma, querida mía; puesto que tienes corazón, debes comprender que hay días de torzoso divorcio.

—Solo quiero comprender que el amor es el amor. Sé que te amo y no me divorcio de tí; además solo existe el divorcio en el matrimonio.

—¡Adiós! dijo Marcial desasiendo su mano, pero en aquel instante miró á Carolina y vió lágrimas en sus ojos, verdaderas lágrimas.

—Estás loca, exclamó entonces apoyándose en la portezuela del *coupé*, sabes demasiado que te amo, otórgame, pues, un cuarto de hora de gracia. No he sido yo quien ha buscado y querido ese terrible drama, que, semejante á una tempestad, ha caído sobre mi corazón. Temo perder la cabeza. Déjame entregado á mí mismo aunque no sea más que un día.

En aquel momento, la señora de Armaillac, que al vestirse no había perdido un minuto, salía de la puerta de su casa acompañada de su camarera.

Imaginóse viendo á Marcial hablando en la portezuela de su carruaje, que allí estaba su hija.

—¡Juana! gritó.

El señor de Briançon volvióse, inclinándose ante la condesa que se había acercado.

Carolina comprendió la equivocación é hizo un signo con la cabeza como para decir á la madre:—«No soy vuestra hija.»

—¿Qué hace aquí, pues, esta mujer? preguntó la señora de Armaillac al conde.

Había presentido que Carolina era la rival de su hija.

Marcial no sabía qué contestar.

—Lo ignoro, dijo al fin; al salir he llamado al primer coche de alquiler que pasaba, para conducir á usted á mi casa; y á lo que parece he detenido equivocadamente el coche de esta señora.

Dando esta explicación, hizo seña á un carruaje que acertó á pasar como queriendo alquilarlo para él, pero la señora de Armaillac, ya impaciente, fué al encuentro del

coche y subió á él, haciendo subir en seguida á la camarera.

Marcial entonces abrió la portezuela de su *coupé*.

—¡No sé ya lo que hacer de mí! dijo á Carolina. Esta es la madre de la desgraciada joven que está en mi casa. ¿Qué vá á pensar de todo esto? Porque ella ha comprendido perfectamente que eres mi querida.

—¿Acaso le has prometido casarte con su hija? ¿Y si esa señorita se ha herido con un puñal, es acaso culpa mía? Es ella la que ha venido á arrebatárteme, ¿no soy yo, tu querida legítima?

—Con todas estas disensiones vas á entretenerme y no llegaré oportunamente á mi casa.

—Es mi camino. Dí á tu cochero que vaya por la calle del Circo; yo bajaré en la de San Honorato.

Marcial manifestó al cochero que en cinco minutos quería llegar á su casa.

Quando el conde se sentó al lado de Carolina, ésta adivinó que había reconquistado á su amante casi por completo, y le dijo con verdadera emoción:

—¡Pobre joven! ¿Es posible que haya muerto?

II

La Resurrección

Mientras tanto, la señora de Armaillac subía la escalera del conde de Briançon poseída del mayor dolor, y no sabiendo cómo iba á encontrar á su hija.